

vasco fueron envueltos en una nube de tierra levantada por una bala de cañón; sus caballos asustados echaron á correr sin obedecer al freno: cuando los cuatro jinetes lograron dominarlos volvieron á toda prisa en busca del caballero.

El caballo de Lagardère yacía muerto, horriblemente mutilado.

Chaverny, los diestros, Antonio, todos los oficiales, y el mismo duque de Berwick, que quería abrazarle ante todo el ejército como recompensa por su hazañas, le buscaron en balde.

El *Real-Lagardère* había perdido su jefe.



XV

La torre se derrumba.

Lagardère no había muerto: la caída sólo le dejó un poco aturdido, y al recobrar el sentido maldijo su mala suerte, que otra vez acababa de librar de su venganza á Gonzaga. Fuera insensatez perseguirle entonces, y le suponía muy lejos, aunque no podía precisar el tiempo que permaneció inerte. Creyó que Chaverny y sus compañeros se habían incorporado al ejército francés victorioso, y cuando se disponía á imitarlos recordó las palabras del Marquesito:

—Aurora de Nevers está en un castillo de la sierra de Gudar, en Aragón.

¡Al fin lograba averiguar el paradero de su amada! Decidió ir á buscarla. Francia no le necesitaba por entonces; y si no podía matar á Gonzaga, por lo menos mataría á Peyrolles. Un

caballo sin jinete pasaba cerca de él, con las narices en alto venteando para reunirse con sus compañeros: apoderóse de su riendas y saltó á la silla, sin preocuparse de prevenir á Chaverny y á sus amigos para que le acompañasen.

Dirigióse, pues, á toda brida y sin detenerse á reflexionar más hacia Navarra. Pasó el Ebro, y llegó á Zaragoza. El camino era largo; pero se preocupaba poco de ello. Deteníase lo estrictamente necesario para que descansara su caballo, y proseguía su viaje á todo escape. Hubiera querido que el animal tuviera tanta voluntad y resistencia tan grande como él para hacer de un tirón todo el trayecto; pero era imposible. Y los campesinos que le veían pasar como una exhalación en su caballo blanco le tomaban por un demonio, calculando que sólo el Diablo podía caminar tan deprisa.

Las dificultades eran grandes, pues atravesaba un país hostil y tenía que evitar las partidas enemigas que surcaban los caminos. Encontró varias, fué perseguido más de una vez, y tuvo que internarse por los campos, huyendo por sembrados, saltando fosos y atravesando arroyos que parecían ríos. Pero el caballo se debilitaba, y muy pronto se vió obligado á sostenerle, en vez de ser sostenido por él. Por fin el pobre animal no pudo más, y cayó, echando sangre por

las narices, en medio de un campo. Lagardère acarició al noble bruto, le descinchó y desembridó para que sufriera menos, y le vió morir con profunda lástima.

¡Cuántos otros se le habían quedado muertos como aquél, reventados por la fatiga! ¿Sería el último?

Anocheía. Había calculado que al paso que iba llegaría á media noche al castillo de Gudar. Pero á la sazón tenía que proseguir el viaje á pie. El pensamiento de que se hallaba ¡por fin! tan cerca de su adorada Aurora, hizo recobrar á sus músculos el vigor y disipó de su ánimo la melancolía.

¡Ay! Entre Aurora de Nevers y él había aún muchos obstáculos, y el primero á veinte pasos delante. En efecto; al salir al camino y doblar un recodo divisó cuatro jinetes que marchaban al paso conversando alegremente. No podía pasar sin ser visto, pues ocupaban todo lo ancho de la carretera. Acortó el paso, procurando que no se oyeran sus pisadas, y no tardó mucho en reconocer á uno de ellos: era Montaubert.

Por una de esas frecuentes ironías de la suerte, los *enrodados* de Gonzaga, que huían de Lagardère fingiendo perseguirle y buscarle por donde sabían que no estaba, iban á hallarse de manos á boca con él; y en aquella ocasión tan

poca gracia iba á hacerles á ellos como á él, pues tampoco el caballero hubiera querido encontrárselos.

—¿Cómo están separados de Gonzaga, y no á su lado en las filas españolas?—se preguntaba.—¿Qué habrá ocurrido? ¿Y el otro? Porque hace cinco días, cuando los encontré en el *Prado del Buco*, eran cinco, y ahora sólo son cuatro. ¿Se habrán separado de su amo? No lo creo. De todos modos, ¿adónde irán?

Para saberlo, para oír su conversación, había necesidad de acercarse más, y era difícil. El camino abierto entre rocas penetraba en un bosque muy umbrío. No vaciló: introdujose entre los árboles, adelantó y siguió á paso de lobo á través de la selva al nivel de los aventureros.

—Hemos hecho mal en detenernos tanto en Montalbán—decía Nocé.—Vamos á llegar á la torre muy tarde para poder pedir hospitalidad á Peyrolles.

Enrique se estremeció. ¿Qué iban á hacer á la torre? Era necesario adelantarse á ellos.

—¡Bah!—repuso Taranne.—¡Era tan guapa y ocurrenente la moza del mesón! Pero eso es lo de menos. Dormiremos en Peña del Cid, en la posada, y mañana por la mañana nos daremos un paseíto. Son pocas leguas, y vamos á saludar al digno y apreciable mayordomo que todo

el mundo envidia, á nuestro señor el príncipe Gonzaga. Quizás tengamos hasta el placer de saludar á esas hechiceras damas, que no han de volver á vernos con mucho agrado.

—¡No cabe duda; Aurora está en la torre!—se dijo Lagardère.

—Y de paso preguntaremos á ese excelente Peyrolles si sabe dónde demonios puede encontrarse á estas fechas el caballero de Lagardère—añadió Montaubert soltando alegre carcajada.

—Si le cree, como nosotros, en Guipúzcoa, maldita la gracia que le hará ver que le buscamos en Teruel—replicó Nocé—y tan cerca de su residencia. Nos proporcionaremos la satisfacción de ver palidecer y temblar á Peyrolles ante un peligro imaginario, y por una vez á lo menos haremos gestos mejor que ese viejo mono.

Todos se echaron á reír, incluso el caballero. En tanto que los *enrodados* hacían con su sombra un espantajo para divertirse á costa de Peyrolles, él marchaba á su lado, y le hubieran bastado tres pasos para asustarlos á ellos con la realidad, resultando burlados los burladores.

—El mayordomo le teme, y es muy natural—dijo el gordo Oriol.—¿Qué diríais vosotros, señores, si creyendo como creemos alejarnos de él cada vez más le viésemos surgir de repente ante nosotros en este camino?

—¡Cállate, Oriol!—replicó Montaubert.—No has hablado con sensatez más que una vez en tu vida: cuando discurriste el medio para evitarnos el bochorno de pelear contra Francia. Desde entonces prosigues disparatando como antes de brotar esa chispa de razón en tu oscura inteligencia.

El caballero al oír esto tuvo la satisfacción de comprobar que había aún en aquellos hombres un resto de pudor, y se propuso, en el caso de verse obligado á matar á los *enrodados*, dejar para lo último á Oriol. En cambio, experimentó vehementes deseos de probarles que seguía el gordo razonando con sensatez.

—Os comparabais á los monos—pensó.— ¡Pues vais á hacer muy pronto unas cuantas monadas!

Escogió una piedra bastante gruesa, esquinada, puntiaguda, casi triangular, de entre las que había por allí cerca, y apretó el paso para tomarles una regular delantera. En cuanto los adelantó así unas seis ó siete toesas se apostó tras un gigantesco pino cuyas ramas se inclinaban sobre la carretera. Nocé iba delante de los otros tres cantando á media voz: de pronto lanzó una exclamación de dolor y se llevó la mano á la cara ensangrentada; vaciló, y hubiera caído del caballo á no sostenerle sus amigos,

¿Quién había herido al aventurero con aquella furiosa pedrada? Vanamente quisieron explorar los alrededores con la vista: todo parecía tranquilo. La aventura era tan extraordinaria que los gentileshombres, por poco supersticioso que fuesen, habían de creerla como manifestación de un fenómeno extraterreno, algo así como un bólido. Un poco intranquilos continuaron su camino al paso.

—¡Fracasé!—pensó Lagardère.—¡Hay que repetir la suerte!

Se adelantó de nuevo, y otra vez lanzó una piedra. Esta vez recibió el golpe en la frente Montaubert, con tal violencia, que cayó al suelo de espaldas. Al mismo tiempo una sombra atravesó la cuneta del camino, de un salto se montó en el caballo sin jinete y desenvainó la espada.

—¡El caballero de Lagardère os saluda, señores!—dijo á los aventureros desconcertados.— ¡Oriol tenía razón hace un instante!

—¡Lagardère!—exclamaron los tres con tanta sorpresa como espanto.

—¡En persona, señores! ¡Y os invito á que no me sigáis!

Y sin aguardar respuesta picó espuelas y desapareció á todo el galope de su nuevo caballo, que era bueno y estaba descansado. Los *enroda-*

dos se ocuparon ante todo en socorrer á Montaubert, y no pensaron en seguirle. Sabían á lo que se exponían.

Muy poco tardó Lagardère en llegar á las estribaciones de la sierra; y pudo divisar la tigura ruinosa del antiquísimo castillo, con la *Torre Maldita* en pie.

Ya sólo le separaba de su amada media hora de galope, algunas murallas no muy sólidas y un hombre, Peyrolles, cuyos días estaban contados hacía tiempo.

A pesar de la hora avanzada de la noche vió luz en una de las ventanas. ¿Sería una señal de su amada que le aguardaba? Dió fervientes gracias al Cielo por haberle permitido llegar hasta allí, y cuando llegaba al pie del monte detúvose mudo, estupefacto y aterrado.

El suelo se abrió con sordo gruñido, tembló la montaña con espantoso tronar, y la torre, la antiquísima torre que en otro tiempo fué morada de Abu-Giafar, valí de Zaragoza, la *Torre Maldita*, se resquebrajó, osciló sobre su base de granito, y cayó en bloque rodando desde el monte al llano.

Lagardère lanzó un rugido desgarrador, y por un instante, como la encina herida por el rayo, vaciló sobre su silla; luego adelantó la cabeza y escuchó ávidamente. Pero ningún grito n

lamento humano rompió el silencio que se produjo inmediatamente después de la catástrofe; y no quedándole duda alguna de que su adorada Aurora había perecido entre las ruinas, cayó de espaldas sin exhalar un grito.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE